

¿Una nueva “ola progresista” en América Latina? Aproximaciones conceptuales y coyunturales

A new Latin America's pink tide? Conceptual and conjunctural approaches

ÁNGEL ARELLANO³⁹

Resumen: Latinoamérica ha tenido un nuevo repunte de gobiernos nacionales de centro-izquierda e izquierda que se encuadra como una segunda “ola progresista”. En este ciclo, los gobiernos, sus fuerzas políticas y apuestas programáticas son más heterogéneas. Las estrategias y tácticas difieren de las usadas por su ola predecesora en un contexto también distinto. ¿En qué se parecen y en qué no? Este artículo describe siete aspectos en los que existen diferencias y semejanzas entre las dos olas progresistas que han tenido lugar en el siglo XXI en la región. Afirmamos que la segunda ola es más moderada, pragmática y heterogénea que la anterior.

Abstract: Latin America have had a new upsurge of left and center-left national governments wading through like a new “pink tide”. In this cycle, the national governments, their political forces and programmatic commitments are more heterogeneous. The strategies and tactics differ from those used by its predecessor wave in a different context. How are they similar and how are they not? This article describes seven aspects in which there are differences and similarities between two pink tides that have taken place in the 21st century in the region. We affirm the second pink tide is more moderate, pragmatic, and heterogeneous than the previous one.

³⁹ Doctor en Ciencia Política por la Universidad de la República (Uruguay), magíster en estudios políticos y de gobierno por la Universidad Metropolitana (Venezuela). Autor del libro *Venezolanos en Uruguay* (Konrad-Adenauer-Stiftung, 2019).

Introducción

La expresión “ola progresista” (también conocida como “marea rosa” o pink tide) ha sido ampliamente utilizada por la literatura para referirse al ciclo de gobiernos de centro-izquierda e izquierda que gobernaron la mayoría de los países latinoamericanos durante los primeros tres lustros del siglo XXI (Antunes de Oliveira, 2021; Barbosa dos Santos y Feldmann, 2021; Ellner, 2019; Panizza, 2006; Rodríguez, 2021). En el contexto político de la región se ha producido una sinonimia genérica entre los términos “progresismo”, “centro-izquierda” e “izquierda” (Bringel et al., 2016; Fair, 2021; Mirza Perpignani, 2021). Históricamente los sectores políticos que se encuentran en este lado del espectro, no han estado alineados con los partidos tradicionales (en su mayoría liberales o conservadores) y se han diferenciado del resto.

Diversas discusiones histórico- teóricas refieren que no existe izquierda sin una raíz marxista (Womack en Centeno, 2021). Sin embargo, con el cierre del siglo XX y la caída de la Unión Soviética, la utopía socialista experimentó reconfiguraciones vinculadas a las realidades políticas y culturales nacionales, al calor de la hegemonía del modelo neoliberal. El nuevo siglo evidenció el surgimiento de una impronta posneoliberal donde se posicionaron nuevas izquierdas cuyos estilos políticos tuvieron similitudes “con aspectos o dimensiones de los regímenes nacional-populares que protagonizaron importantes experiencias de democratización y transformación social” (Vilas, 2005). Según Sader (2009), el fenómeno que conocemos como progresismo:

No caracteriza una etapa histórica específica, diferente del capitalismo y del socialismo, sino una nueva configuración de las relaciones de poder entre las clases sociales, que promete la formación de un nuevo bloque social dirigente de procesos históricos sui géneris, en condiciones mucho más favorables a las fuerzas populares, cuyo destino será decidido por una dinámica concreta de construcción de Estados postneoliberales.

En referencia a Latinoamérica, Rubio y Peña (2021) explican que:

[...] el progresismo es un fenómeno histórico que corresponde a la transición capitalista de la hegemonía norteamericana y del régimen neoliberal [...] así como el declive del poder de Estados Unidos y los organismos multilaterales sobre los países de América Latina, que permite el ascenso de gobiernos no alineados, sostenidos sobre masas populares, que impulsan procesos de nacionalización de los recursos naturales así como políticas redistributivas del gasto público, con una visión antiimperialista.

El discurso progresista rescata la promoción de la justicia y el progreso social, la equidad, la participación, la democracia, y da al Estado un rol esencial como actor garante de la disminución de la desigualdad y las discriminaciones de las minorías, apoyado en una nueva lógica de la distribución de los recursos públicos. Este fenómeno en la región, en tanto diverso y heterogéneo, también reposiciona la vieja tradición populista latinoamericana con el antagonismo débiles vs. poderosos

(nosotros/ellos), presente de forma transversal en el liderazgo político de todo el espectro con escasas excepciones. A nivel hemisférico, esto tuvo un contexto promisorio por el auge de las exportaciones de materias primas que caracterizó el inicio del siglo y dio paso al neoextractivismo, base estratégica no solo de los gobiernos progresistas, sino de toda la sociedad latinoamericana, coherente con el antecedente ancestral regional de saberse dueños de una riqueza natural que exige ser aprovechada.

Dentro de este progresismo latinoamericano existe una gran pluralidad derivada de las distintas trayectorias históricas, ideológicas e institucionales presentes en los respectivos sistemas políticos, y que, grosso modo, se puede resumir en izquierdas autoritarias e izquierdas democráticas, o izquierdas “contestatarias” e izquierdas “moderadas” según la clasificación de Braga y Fukushima (2020). Ambas tendencias pueden ser tomadas de forma superficial como una misma familia por sus diversos “vasos comunicantes” y acciones comunes (Petkoff, 2005). Este trabajo se refiere a la “ola progresista” con fines puramente explicativos para mostrar el cambio de signo en la región. Tiene como objeto analizar el nuevo escenario político latinoamericano y no una revisión exhaustiva sobre la cualidad de centroizquierda e izquierda de los gobiernos.

En ese sentido, cabe decir que la primera “ola progresista” no fue un momento coyuntural o un episodio pasajero. Por el contrario, representó un ciclo extendido durante una década, con importantes implicaciones políticas que marcaron el inicio del siglo. Distinta es la segunda ola que ahora se avizora desde 2021

y por tanto aún incipiente. Al momento de redactar este texto no existen elementos suficientes para elaborar una hipótesis sobre su posible duración y el impacto que tendrá en la región. En todo caso, es una coyuntura que, así como llegó, puede desaparecer y dar paso a otra. Hay señales que dan cuenta de una mayor debilidad estructural respecto a la anterior, y un contexto adverso distinto de la promisorio bonanza de los primeros tres lustros del siglo. Sin embargo, en 2022 sí se denota un cambio sustancial en el mapa político de la región, con una inclinación favorable hacia la centro-izquierda e izquierda, y este es el aspecto contextual principal en el que se apoya este artículo para sostener que, efectivamente, Latinoamérica está en presencia de una segunda ola de gobiernos progresistas, y que es propicio aproximarse a mirar la coyuntura política perspectiva. Esta segunda ola presenta más diferencias que semejanzas respecto a la primera. El presente trabajo argumenta que la segunda ola es más moderada, pragmática y heterogénea que la anterior.

La primera ola

Como primera “ola progresista” se conoce el ciclo en que coincidieron en el poder diversos gobiernos identificados con el progresismo entre 2005 y 2015. Su antecedente inmediato es el ascenso del chavismo y la revolución bolivariana en Venezuela en 1999, el Partido de los Trabajadores en Brasil y el Frente para la Victoria en Argentina en 2003, el Partido de la Liberación Dominicana en República Dominicana y el Partido Revolucionario Democrático de Panamá en 2004.⁴⁰ Con la

⁴⁰ En la región otros países ya habían tenido gobiernos socialdemócratas con raíces en la izquierda como el de Acción Democrática en Venezuela o el del APRA en Perú. Sin embargo,

llegada de gobiernos de izquierda en Bolivia y Uruguay en 2005, Chile⁴¹ y Honduras en 2006, Ecuador y Nicaragua en 2007, Paraguay y Guatemala en 2008, El Salvador en 2009, y Perú en 2011, se configuró la oleada de gobiernos progresistas. Como figuras internacionales más resaltantes de esta ola destacan Hugo Chávez (Venezuela), Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner (Argentina), Lula da Silva (Brasil), Evo Morales (Bolivia) y Rafael Correa (Ecuador). Todos llegaron al poder nacional por primera vez, obtuvieron mayorías parlamentarias (lo que les permitió gobernabilidad para introducir reformas y articular sus proyectos nacionales), y esbozaron una actitud integracionista basada en el latinoamericanismo.

Estos gobiernos tuvieron en común la validación del régimen de Cuba como actor esencial de la izquierda regional, aunque la compatibilidad ideológica con el régimen comunista de los Castro tuvo matices dependiendo del caso.⁴² En términos generales, los gobiernos actuaron como un bloque durante el punto álgido de esta ola, o “época de oro”, entre 2008 y 2013 (Gaudichaud et al., 2019). Ese momento estuvo contextualizado principalmente por el auge del precio de las materias primas (o *boom* de los *commodities*) en una región históricamente dependiente del comercio en

estos partidos quedaron dentro de la clase política tradicional a la que luego se opusieron los sectores emergentes.

⁴¹ La Concertación de partidos en Chile es un antecedente aún anterior. En su conformación se incluían a organizaciones de izquierda y centroizquierda. Gobernó desde 1990 hasta 2010 de forma ininterrumpida. Sus últimos dos gobiernos fueron del socialdemócrata Ricardo Lagos (2000-2006) y la socialista Michelle Bachelet (2006-2010).

⁴² En “La izquierda como autoritarismo en el siglo XXI”, Chaguaceda y Kozak (2019) recopilan una profusa información al respecto.

ese rubro, la consolidación de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (Alba, fundada en 2004), donde se concentraba el núcleo duro de los gobiernos bolivarianos, y la concreción de un mayor espacio de integración y coordinación como la Unión de Américas del Sur (Unasur, fundada en 2008).

El declive de este ciclo llegó en 2015 con la derrota del chavismo en las elecciones parlamentarias de Venezuela y de Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, el *impeachment* a Dilma Rousseff en Brasil el año siguiente, el fin de la década de gobierno de Rafael Correa en Ecuador en 2017, y el recambio en buena parte del resto de los países.

La segunda ola

La segunda “ola progresista” se abrió paso con el ascenso de Andrés López Obrador en México en 2018, a la que se le sumaron Argentina y Panamá en 2019, República Dominicana y Bolivia en 2020, Perú y Chile en 2021, y Honduras en 2022. Esta marea alta para la izquierda apareció mientras en Cuba, Venezuela y Nicaragua se han mantenido los mismos regímenes con los que interactuó su ola antecesora, incluso en condiciones más desfavorables para la democracia, en tanto Venezuela y Nicaragua vivieron un cambio de régimen, al pasar de ser autoritarismos competitivos para convertirse en autoritarismos hegemónicos.

Por otro lado, y esta vez sí en el terreno democrático, el regreso de la izquierda en la región ha encontrado referentes bien posicionados en países sin antecedentes de gobiernos de ese signo, como el caso de Gustavo Petro, favorito en las presidenciales de Colombia en 2022, y también el regreso del expresidente brasileño Lula da Silva,

quien encabeza los sondeos en las elecciones de su país para el mismo año.

En la actualidad se han dado los cambios políticos necesarios para evidenciar nítidamente el nuevo repunte de la izquierda en la región. Sin embargo, a diferencia de la primera ola, caracterizada por su aparición inaugural al frente de gobiernos nacionales en varios países luego de décadas de competencia y pujas, en esta segunda temporada no se ve maximizado el efecto sorpresa. De la misma manera, el repliegue de la izquierda en algunas naciones marca una distinción elemental: ahora los partidos de izquierda, generalmente bien posicionados en la tabla electoral de sus países, cuentan con un historial de gestión –y de nostalgia de la bonanza– del que echar mano.

Diferencias y semejanzas

Algunos países que habían quedado fuera del perímetro de la primera ola ahora son parte de la segunda, lo cual es un indicador de que las dinámicas en la región han tenido cambios sustanciales. De igual forma, las coaliciones de partidos y movimientos, ahora más diversas, son características de este nuevo ciclo. México, la segunda economía de Latinoamérica, es gobernado por Morena, el partido mayoritario de la coalición Juntos Hacemos Historia.⁴³ Colombia, la cuarta economía, históricamente gobernada por sectores tradicionales conservadores y liberales, encuentra al llamado Pacto Histórico, una gran coalición de izquierda y centroizquierda,

como el favorito de cara a las elecciones presidenciales.⁴⁴

La reconfiguración política de la región permite establecer algunos puntos para contrastar los rasgos de ambas olas. Este trabajo no apunta a una revisión exhaustiva de la caracterización ideológica, pragmática o de gestión en la que los ciclos de las izquierdas presentan cercanías y/o distancias. Busca identificar y explicar siete aspectos que permiten evidenciar los puntos en común y los contrastes entre las dos olas progresistas de este siglo.

Trayectorias históricas y contexto

En la primera ola, partidos y movimientos progresistas se estrenaban en el gobierno nacional. Esto quiere decir que llegaban por primera vez al Ejecutivo. El ciclo se caracterizó por una confluencia de actores de la izquierda tradicional que fue desde partidos y coaliciones de base popular con la participación de los históricos partidos comunista y socialista, hasta el protagonismo de nuevos partidos políticos nacionales y locales, y movimientos sociales consolidados al calor de luchas reivindicativas de finales del siglo XX. También por una fuerte impronta de la tradición populista latinoamericana.

Esta izquierda tuvo un marco de aspiraciones programáticas comunes, cuyo hilo conductor estaba compuesto por el discurso de condena generalizada al modelo neoliberal de finales de los noventa y principios del 2000, rechazo a la influencia

⁴³ Para llegar al poder, Morena encabezó como partido mayoritario la coalición Juntos Haremos Historia, formada junto al Partido del Trabajo, al Partido Encuentro Social y al Partido Verde Ecológico de México. Desde diciembre de 2020 el bloque pasó a llamarse Juntos Hacemos Historia.

⁴⁴ El Pacto Histórico fue fundado en 2021 por partidos y movimientos sociales de cara a las elecciones legislativas y presidenciales de Colombia. Conformó una base de apoyo de dieciocho organizaciones que agrupan al Partido Comunista de Colombia, movimientos indígenas y ecologistas, partidos socialdemócratas, entre otros.

estadounidense en la región, y urgencia en la implementación de políticas sociales y reformas estructurales –en algunos casos refundacionales– del Estado. Un elemento clave para comprender el ascenso de este progresismo es la narrativa que lo llevó al poder, y también la narrativa que desplegó una vez en él, de tal manera que es pertinente hacer el siguiente repaso contextual. Luego de los movimientos guerrilleros y expresiones armadas de los sesenta bajo el influjo de la revolución cubana, y del período de dictaduras militares de derecha en la región, los sectores de izquierda hicieron parte sustancial del panorama democrático. Partidos y movimientos legales, con representación parlamentaria, y hacia finales de siglo, también en gobiernos subnacionales. La épica en torno a las reivindicaciones históricas en nombre de los sindicatos, movimientos sociales, indigenistas y minorías, se mantuvo como esencia y componente principal. Su relato se centró en oponerse al modelo neoliberal, criticar el rol histórico de Estados Unidos en la región, y el planteamiento de una alternativa que priorizara, grosso modo, lo social por encima del mercado. Como telón de fondo, la región vivía una profunda crisis económica, con abundantes desafíos en materia de desigualdad y pobreza; en la mayoría de los países, con partidos políticos tradicionales desgastados y cada vez más distanciados de las mayorías populares. Los sectores progresistas basaron su relato en el cambio y saneamiento de la élite política. En síntesis, en la necesidad de una transformación radical de las relaciones sociales y del ejercicio del poder político.

La emergencia del progresismo en los gobiernos nacionales trajo consigo un posicionamiento de esta narrativa, impulsada por las mayorías parlamentarias obtenidas por voto popular y el despegue económico

con el boom de los *commodities* entre 2000 y 2014. El mapa político transmutó con los nuevos ganadores que instrumentaron un conjunto de reformas justificadas en las décadas de reclamos y movilizaciones desde el progresismo. Con buen viento de cola por el soporte político nacional y la abundancia de recursos en tiempos de auge de exportaciones, esta narrativa encontró validación en la sociedad. La “lucha” contra el modelo neoliberal y el reparto de los recursos devenido en el auge de programas sociales y de inversión estatal, permitió la mejora de los indicadores socioeconómicos en la región. Uno de los que permite ver la evolución en esos años es el porcentaje de población en pobreza y pobreza extrema, foco del relato de igualdad y justicia social presente en el discurso progresista. Si bien algunos países estuvieron gobernados por administraciones de otro signo (México y Colombia principalmente), la cifra ofrece una visión panorámica con una disminución histórica de 45,4% de pobreza y 12,2% en 2002 al inicio del ciclo, a 27,8% de pobreza y 7,8% de pobreza extrema durante el punto más álgido, en 2014 (Cepal, 2021).⁴⁵

En términos de trayectoria histórica, no todos los líderes de la primera ola eran dirigentes con carrera en partidos y movimientos progresistas, sino outsiders que compartían componentes de ese discurso reformista y antagónico al modelo neoliberal y a la clase política tradicional. Ambas olas tienen en común la consolidación de liderazgos de larga trayectoria y, al mismo tiempo, el triunfo de nuevos actores que estaban fuera de la política profesional. Los ejemplos más resaltantes son políticos veteranos como el sindicalista y parlamentario Lula da Silva en Brasil, el

⁴⁵ En 2020 este indicador fue de 33.7% para la pobreza y 12.5% de pobreza extrema.

intendente de Montevideo, Tabaré Vázquez en Uruguay, y el exguerrillero y ex presidente del movimiento sandinista, Daniel Ortega en Nicaragua. Por otro lado, estuvieron outsiders como el militar ex golpista Hugo Chávez en Venezuela o el economista y exministro Rafael Correa en Ecuador. En este aspecto la nueva ola ha traído figuras como AMLO, quien califica como liderazgo de larga data con su condición de ex alcalde de Ciudad de México y candidato presidencial en varias oportunidades. Muy similar es la de Alberto Fernández en Argentina, ex jefe de gabinete de la nación y legislador de Buenos Aires. Mientras que el sindicalista de la educación, Pedro Castillo en Perú, es un genuino *outsider*.

En cuanto al contexto, a diferencia del súper ciclo de las materias primas que nutrió de abundantes recursos a la primera ola progresista, esta segunda ola encuentra una región sumergida en una crisis sanitaria sin precedentes con su consecuente descalabro económico. Una región con diversos problemas que ha visto descender los indicadores de crecimiento económico logrados varios años atrás cuando el viento era más promisorio. La pandemia del Coronavirus ha sido el principal tema de política pública para los gobiernos desde marzo de 2020 hasta el momento en que se redacta este artículo. El contexto ha condicionado el accionar de unas administraciones que se han mostrado más pragmáticas, con un cambio en su actitud frente a la institucionalidad democrática, al mercado, a las relaciones internacionales en general y al vínculo con Estados Unidos en particular, así como a las posibilidades de cambios estructurales en materia social.

Entre refundar y volver

En la segunda ola, los gobiernos progresistas ya no son un hecho novedoso, sino la nueva etapa en el poder de una izquierda heterogénea y muy diferente entre sí. En varios países son el regreso de los partidos y movimientos que protagonizaron la primera ola, y en otros una reconfiguración que incluye nuevas formaciones y sectores emergentes. El relato de este nuevo ciclo está precedido por el anterior, aún reciente, y también por su legado en términos políticos, sociales y económicos. Sin embargo, la aspiración de un cambio profundo en el Estado y la sociedad persiste. Algunos gobiernos apuestan a la refundación, otros a “volver” al desarrollo de políticas públicas con un Estado presente y con viento a su favor, como ocurrió en la primera década del 2000. En esto hay similitudes. Pero en el método, el cómo hacerlo, sí demuestran abismales diferencias.

Si algo caracterizó a la primera ola fue el deseo de transformar los cimientos de la administración pública y las lógicas de relacionamiento entre gobierno y sociedad. Venezuela (1999), Ecuador (2008), Bolivia (2009), y más tardíamente Nicaragua (2014), optaron por cambiar su Constitución, hacer borrón y cuenta nueva y gobernar con una carta a la medida del proceso emergente. En los casos de Venezuela y Nicaragua con el agravante de un choque con la institucionalidad y el pluralismo, y la instauración de una práctica autoritaria con elevada violencia política. Estos regímenes pasaron de ser democráticos a convertirse en autoritarismos competitivos y posteriormente hegemónicos. En Bolivia y Ecuador, con alta polarización y conflictividad, pero menos violencia política, pasaron de democracias débiles a regímenes

semidemocráticos (Mainwaring y Pérez-Liñán, 2015). Los gobiernos progresistas en Argentina no aspiraron a refundar las instituciones ni la Constitución, aunque sí tuvieron alta polarización y conflictividad. Otros como Brasil, Chile y Uruguay, con menos polarización, aprovecharon sus mayorías parlamentarias y el armado normativo vigente cual rieles para implementar sus reformas.

En la nueva ola, la ambición refundacional es limitada por el pragmatismo, y los gobiernos que promueven este discurso, aun cuando esbozan una actitud desafiante con el orden establecido, terminan condicionados por las reglas del juego democrático y de su propia necesidad política. AMLO asumió el poder con un proyecto de “Cuarta Transformación” apelando al fracaso del “modelo económico neoliberal aplicado en los últimos 36 años” (López Obrador, 2018). Su gobierno ha avanzado en la concentración de poder del Ejecutivo en general y del presidente en particular, pero su administración no ha representado un quiebre del sistema ni una refundación del Estado. Por el contrario, como señala Centeno (2021), en la naturaleza colaboracionista de su gobierno con el sistema político vigente en México, reposa su éxito. No en la necesidad de materializar cambios radicales.

Castillo en Perú ha buscado diferenciarse discursivamente de cualquier antecedente progresista en su país. Rescató la aspiración refundacional proponiendo desde la asunción de mando una “Asamblea Constituyente del Bicentenario” para crear una nueva constitución hacia la “reconquista” de los derechos, aunque a la fecha de redacción de este trabajo no cuenta con la base de apoyo suficiente para obtenerlo (Puente, 22/02/2022; El

Comercio, 19/07/2021). Xiomara Castro en Honduras llegó al poder asegurando que su proyecto era “una misión de patria” y de “resistencia nacional” enmarcada en la propuesta de refundación del “Estado socialista y democrático” para “arrancar de raíz la corrupción de 12 años de dictadura” desde que dieron el golpe de Estado al ex presidente Manuel Zelaya, su esposo, en 2009. En su asunción a la presidencia se habló del “regreso de la legalidad”, en alusión al gobierno Zelaya (BBC, 27/01/2022; García, 27/01/2022).

Pero no solo se busca refundar, también está presente el regresar a los “éxitos” anteriores, a “reconstruir” lo hecho durante los primeros quince años del siglo. Algunos gobiernos de esta ola se han inclinado por “volver”, apelando a ese pasado de crecimiento económico y despliegue de políticas sociales, asistencia y servicios desde el Estado. Alberto Fernández sostuvo en su discurso de asunción, en diciembre de 2019, que Argentina iba a “volver a caminar”. Apeló al recuerdo de las exportaciones en tiempos de altos precios de las materias primas; volver a generar capacidad de pago, a reflotar la salud pública, a los “equilibrios macroeconómicos, sociales y productivos” (Casa Rosada, 10/12/2019). “Volver” fue un verbo presente en su relato, aunque la realidad lo enfrentó a otras realidades que distaron de regresar a los tiempos de prosperidad, sólidas mayorías y gobernabilidad que tuvo Néstor Kirchner. Luis Arce en Bolivia también hizo uso de este recurso en franca alusión a la aspiración de regresar a las políticas económicas y sociales de su mentor, Evo Morales: “volver a reconstruir nuestra economía, de generar certidumbre, de generar crecimiento con redistribución del ingreso, de reducir las desigualdades económicas y sociales” [...] “afrentando los cambios necesarios con el

objetivo de que Bolivia vuelva a la senda de la estabilidad lo antes posible” (La Onda Digital, 08/11/2020).

Boric: entre la reforma y la refundación

Chile es un caso particular. Un país inmerso desde julio de 2021 en un proceso constituyente convocado por el 78% de los electores que someterá la nueva constitución a plebiscito.⁴⁶ Si bien, la coalición de izquierdas Apruebo Dignidad ⁴⁷ que llevó al poder a Gabriel Boric a finales de 2021 es parte medular en la conformación de la Convención Constituyente. El programa del nuevo gobierno incluye pedidos a la Convención para cumplir algunos objetivos, el futuro texto no se presenta como pivote central de su propuesta sino como un apoyo u hoja de ruta a sus reformas de mayor calado, como la transformación del sistema de salud, pensiones y educación.⁴⁸ De hecho, para instrumentar cambios en materia de participación ciudadana e incremento de la autonomía de los municipios, el programa plantea la reforma a varias leyes vigentes

mientras esperan los resultados de la Convención y el plebiscito (Apruebo Dignidad, 2021a). Boric ha preferido una propuesta con reformas pragmáticas y posibles dentro del marco institucional vigente y no apostar todo su proyecto de cambio al resultado de la nueva Constitución. De hecho, en la segunda vuelta electoral, una adenda al programa de gobierno con reformas económicas moderadas y concertada con otros candidatos de centroizquierda evidenció una impronta más socialdemócrata-reformista que radicalizada-refundacional.⁴⁹ Sin embargo, la amplia base de Apruebo Dignidad y movimientos periféricos, así como su fortaleza, es también su debilidad. Congeniar un margen de gobernabilidad que permita implementar el proyecto de gobierno, es su mayor desafío.

Cabe hacer una reflexión desde un punto de vista puramente hipotético: de concretarse la aprobación de la nueva Constitución chilena, sobre la que se auguran cambios profundos en toda la organización del Estado, y en concreto una refundación de las instituciones del país, sería el gobierno de Boric el primer gobierno (y quizá el único) de esta segunda ola llamado a materializar un proyecto de refundación real, aun cuando esto no haya sido la base principal de su propuesta de gobierno. Esto sería positivo para la democracia latinoamericana que ha vivido en los últimos veinte años la implementación de proyectos políticos refundacionales que deformaron en autoritarismos hegemónicos. Para ello, debe garantizar que la reforma estatal que se avista contemple pluralidad, contención de la polarización y diálogo. Este hecho, al

⁴⁶ Un ciclo de intensas movilizaciones y protestas sociales en Chile durante 2019 derivaron en una reforma constitucional que hizo posible convocar elecciones para formar la Convención Constituyente que oficia desde el 4 de julio de 2021, y cuyo texto final será sometido a un plebiscito nacional en 2022.

⁴⁷ Agrupación de diez organizaciones políticas fundada en enero de 2021. Su integración es diversa y cohabitan sectores moderados y otros radicalizados y refundacionales con representación en la Convención Constitucional chilena.

⁴⁸ Específicamente el programa de gobierno Apruebo Dignidad apela a la Convención Constitucional para materializar el agua como bien público y crear un sistema nacional de gestión de aguas. Giorgio Jackson, ministro de la Secretaría General de la Presidencia de Boric, dio cuenta de las dificultades para la reforma de salud y derechos sexuales sin un cambio constitucional (Silva, 09/02/2022).

⁴⁹ Ver “Acuerdo de Implementación Programática” (Apruebo Dignidad, 2021b) y Walker (30/01/2022).

momento hipotético, abriría la puerta a una nueva posibilidad de reforma estatal a gran escala desde la izquierda respetando los códigos democráticos. ¿Acaso no es paradójica la posibilidad de que entre todos los gobiernos de esta nueva ola que al menos retóricamente han esgrimido la idea refundacional, sea justamente uno que no lleva esa bandera como principal meta el que tenga mayor chance de lograrlo? La comprobación o no de esta idea solo se verá con el desarrollo de su periodo de gobierno.

Reelección indefinida y perpetuación en el poder

Un rasgo característico de la primera ola fue la aspiración presidencial de reelección en el poder de forma indefinida. Esto estuvo presente en gobiernos de tendencia refundacional, autoritarios y con mayor violencia política, como Venezuela que la aprobó en 2009 o Nicaragua en 2014, y también en otros con menor violencia política como Ecuador que la introdujo en 2015 y Bolivia en 2019.⁵⁰ Esta vocación de perpetuidad en el poder chocó con la voluntad popular en algunos casos. En Venezuela un referéndum rechazó la reelección indefinida en 2007 y en Bolivia ocurrió lo mismo en 2016. Sin embargo, estos cuatro gobiernos tienen en común haber aprovechado sus mayorías parlamentarias para tomar por asalto el principio de alternabilidad y modificar la ley para satisfacer su aspiración de continuidad ilimitada. Este fue uno de los flancos de mayor crítica al desempeño democrático de

la marea progresista. Por otro lado, en la tendencia de las izquierdas más moderadas, los gobiernos se apegaron a las correspondientes limitaciones constitucionales que prohíben la reelección, o posibilitaban la reelección del cargo presidencial inmediata, pero la prohíben de forma indefinida (Argentina, Brasil), o permiten la reelección presidencial pero no de forma consecutiva (Chile, Uruguay).

Hay señales que permiten ver que la ambición reeleccionista parece haber sido interpretada por los líderes de la nueva camada de presidentes progresistas como una aspiración poco promisorias, y la balanza se inclina más por la segunda tendencia, respetando los marcos de alternabilidad. Tampoco las mayorías parlamentarias son las mismas, las bases de apoyo ahora son más heterogéneas, y hay escasez de figuras fuertes y carismáticas sobre las cuales alinearse como ocurrió en el pasado. Algunos vuelven a la palestra, como Lula da Silva en Brasil. Otros como Alberto Fernández manifiestan su intención de aspirar a la reelección “si las condiciones están dadas” (Infobae, 19/12/2021). En México, AMLO anunció su retiro de la política al culminar su mandato en 2024 (Expansión Política, 16/08/2021). De momento no se evidencian aspiraciones de perpetuidad en el poder o casos que atenten con la alternabilidad suscrita en las constituciones nacionales. Esto último, junto a las derogaciones de la reelección indefinida en Ecuador y Bolivia, reafirman la alternabilidad como la norma en la región y no la excepción (Venezuela, Nicaragua, Cuba).⁵¹

⁵⁰ En el caso de Ecuador la reelección indefinida fue eliminada vía referéndum en febrero de 2018. En Bolivia un fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos en agosto de 2021 pidió la derogación de la sentencia del Tribunal Constitucional boliviano que posibilitó la reelección indefinida en 2019.

⁵¹ La Convención Constituyente chilena aprobó en su borrador la reelección presidencial inmediata y por una sola vez, pero falta su aprobación final en plebiscito (Panam Post, 28/01/2022).

Base de apoyo político

Las plataformas políticas de los gobiernos progresistas de la primera ola fueron heterogéneas por la diversidad de sectores y las diferencias entre las izquierdas de cada país. Algunas más tradicionales, otras con referentes outsiders y partidos nuevos. En el caso de Venezuela, Ecuador y Bolivia, por ejemplo, la base de sustento estaba conformada por partidos políticos débiles enfocados fundamentalmente en la tarea electoral, en comparación con el poderoso Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil, el Frente Amplio (FA) en Uruguay y el Partido Justicialista (PJ) en Argentina, cuyos lazos con los sectores populares y movimientos sociales han sido históricamente más sólidos. No obstante, la debilidad estructural de los primeros estuvo en segundo plano debido a la fuerte popularidad y carisma de sus líderes.

La segunda ola progresista tiene una base de apoyo caracterizada por una mayor heterogeneidad que se distingue principalmente por la diversidad dentro de las coaliciones diseñadas para obtener el triunfo electoral y una disminución del rol del partido como actor principal. Son coaliciones a priori más coyunturales que orgánicas. Maquinarias armadas para ganar elecciones. Al respecto, Alcántara refiere lo siguiente:

[...] la creación de amplias coaliciones en las que se diluye el componente partidista como se ha visto recientemente en Chile [2021] y se avizora en Colombia [2022].

[...] también se registra el hecho de que desde el poder se construye el partido. Como resultado, los partidos concitan escenarios en los que la prominencia de una persona, que a veces no está identificada con ninguno desde el inicio, se reconoce con un

proyecto con características pluridimensionales, perfiles programáticos difusos y una base social de apoyo muy heterogénea (Alcántara, 16/01/2022).

Siguiendo esa línea de razonamiento, en esta etapa del presidencialismo latinoamericano la coalición “opera como sustituto del partido, en tanto vehículo intermediario entre ciudadanía y esfera política” (Gallo et al., 2020). A mayor cantidad de partidos y movimientos vinculados a la base de apoyo, mayor la tarea de coordinación y negociación. En esta nueva ola hay coaliciones de gran tamaño (Argentina, Chile y Colombia como ejemplos emblemáticos), lo que exige al gobierno mayor atención al andamiaje político que le da soporte para garantizar gobernabilidad.

Algunas administraciones ya han dado muestras de debilidad en su base de apoyo desde el primer día de instaladas. Con el desembarco de Alberto Fernández a la Casa Rosada de Argentina, las discrepancias en la gestión económica, de la pandemia y de la política exterior se dejaron ver. Esta ha sido la constante entre los sectores peronistas más radicales identificados con el kirchnerismo que encabeza la vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner, y los más moderados que están en la órbita del Presidente. Luego de que el peronismo hubiera logrado mayoría en ambas cámaras con el ascenso de Fernández, perdió el Senado en las elecciones de medio término en 2021 y disminuyó su apoyo en el territorio. Otra experiencia ha sido la de Xiomara Castro en Honduras, que el día de su asunción enfrentó una maniobra dentro de su propio partido para restarle poder en el Congreso, con el nombramiento de un presidente de la Cámara fuera del acuerdo electoral pactado, viendo disminuir

notablemente su apoyo en el legislativo con considerables deserciones en su bancada (García, 27/01/2022). En la misma línea, el turbulento gobierno del peruano Pedro Castillo, en sus primeros seis meses de gobierno, cambió cuatro veces de gabinete, ha perdido el apoyo de Perú Libre, el principal partido que lo llevó al poder, tiene un Congreso mayoritariamente adverso, y su rechazo en los sondeos de opinión trepó hasta el 60%.

La escasez de figuras fuertes, la heterogeneidad en la base de apoyo, y, como añadido, las dificultades contextuales, parecieran ser factores que permiten inferir la posible corta vida de esta segunda ola en comparación con la anterior.

Relacionamiento con Estados Unidos

La primera ola destacó por una retórica confrontativa con la principal potencia mundial. Proliferaron iniciativas para condenar la actuación de Estados Unidos en la zona, los tratados de libre comercio, la ayuda humanitaria y la actividad de organismos multilaterales donde ese país tiene una influencia decisiva, como el FMI o el Banco Mundial. Aunque algunos gobiernos mantuvieron una convivencia cordial con la potencia –desde grandes como Brasil, hasta pequeños como Uruguay–, la constante fue la oposición a Estados Unidos en los espacios posibles.

Le tocó a la primera ola vivir la nueva reconfiguración geopolítica donde China se posicionó como contrapeso de Estados Unidos (Cardenal, 2021). Los gobiernos progresistas fueron socios estratégicos de su expansión en Latinoamérica. Por otro lado, Rusia también permeó intensamente la región en este tiempo abonando el incremento de su influencia con la instalación de diversas plataformas

económicas, mediáticas y de cooperación política (Chaguaceda y González, 2022). Si bien es cierto que tanto China como Rusia han tenido conexión con gobiernos de otro signo político, –como ejemplos la búsqueda de un tratado de libre comercio entre la centro derechista Coalición Multicolor de Uruguay y China, o el acercamiento entre la administración de Jair Bolsonaro con Vladimir Putin al punto de que Brasil fue el único gobierno de derecha en el hemisferio que no condenó la invasión rusa a Ucrania–, fue con la ola progresista que estas potencias lograron afinidad como contrapeso a los intereses norteamericanos en el vecindario.

Sin embargo, los gobiernos progresistas de la nueva ola parecen no tener interés en una retórica hostil o una confrontación geopolítica contra Estados Unidos. Esta nueva ola se muestra precavida y más diplomática. A diferencia del coro antagonista que la precedió, ha extendido lazos de entendimiento. Símbolo de esto fue la relación de AMLO con Donald Trump, la firma del tratado de libre comercio, el tratado de agua y las acciones para controlar el flujo migratorio entre México y Estados Unidos en 2020. Desde su triunfo en Chile, Gabriel Boric, afirmó tener contacto y buena sintonía con el presidente Joe Biden (Vallejos, 31/12/2021). También, la nueva presidenta de Honduras, Xiomara Castro, ha expresado que aspira a una relación pragmática con la potencia (Lissardy, 02/12/2021). Lula da Silva en Brasil ha declarado en su camino como candidato presidencial su deseo de tener una amistad con este país del norte (Gosman, 31/07/2020). Estas señales marcan la diferencia en los nuevos tiempos en la región.

Venezuela, Cuba y Nicaragua

La primera ola progresista encontró en el gobierno de Chávez en Venezuela un patrocinador apoyado por una profusión de recursos económicos, que convirtieron al país en una potencia regional exportadora de su proyecto político y de la integración bolivariana. El auge petrolero multiplicó la conexión entre los presidentes a partir de encuentros, acuerdos y plataformas de coordinación apoyadas con los recursos de Caracas. Este financiamiento al “hermanamiento” de los pueblos, estrechó el vínculo con Cuba, régimen mentor del venezolano, y en menor medida, con Nicaragua, ubicado más en la periferia de la atención regional. Sin embargo, con la consolidación de los autoritarismos hegemónicos en Venezuela y Nicaragua, al mismo tiempo que bajaba la marea de la izquierda en la región, se comenzaron a presentar matices en la convalidación del modelo.

La primera ola progresista mostró una actitud de solidaridad automática y defensa entusiasta del accionar de estos regímenes hasta 2015, tiempo en el que los gobiernos de centroderecha y derecha ganaron terreno y en la retaguardia de izquierda comenzó a verse a una diferenciación soft de la condición abiertamente antiliberal de los gobiernos de Venezuela, Nicaragua y Cuba. En la nueva ola, aunque persiste la “camaradería” con las izquierdas autoritarias desde los sectores más radicalizados que son parte de las coaliciones de gobierno, el panorama es diferente. En este nuevo escenario es más común una posición mediada por el escepticismo con el modelo del Socialismo del Siglo XXI y un vínculo más atenuado alrededor de la prédica del principio de no intervención. Las distancias con el autoritarismo hegemónico han

quedado en evidencia. Destacan la de Boric en Chile con su crítica a Venezuela y Nicaragua por la violencia política (Infobae, 22/01/2022), o la llamada a consulta de los embajadores de México y Argentina para marcar distancia con Ortega en Nicaragua (Maldonado, 21/06/2021). Sin embargo, a la fecha de redacción de este trabajo no se han registrado pistas de una condena general a la amenaza que estos gobiernos representan para la democracia y los derechos humanos.

Asociación internacional

La convicción latinoamericanista y anti-Estados Unidos de los gobiernos de la anterior ola visibilizó la necesidad de espacios alternativos de coordinación regional que estuvieran en las antípodas de los órganos formales como la Organización de Estados Americanos (OEA), una institución que históricamente la izquierda latinoamericana vio como extensión del aparato institucional norteamericano. Con esa lógica se crearon a principios de siglo la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), configurados como espacios de cooperación que terminaron siendo clubes de presidentes con afinidad ideológica para la promoción y solidaridad entre sus gobiernos. Con el pasar del tiempo los dos órganos han quedado en desuso y han perdido relevancia regional. En la nueva ola no se ha identificado interés por revitalizar estos espacios, o por la creación de otros nuevos.

La mayoría de los partidos y movimientos que están en la órbita de ambas olas progresistas tienen en común participar como miembros u observadores de plataformas de coordinación y convalidación de las izquierdas (autoritarias y democráticas). La principal es el Foro de Sao

Paulo (fundado en 1990), y más recientemente el Grupo de Puebla (fundado en 2019), donde confluyen de líderes de ambas oleadas. Estas organizaciones internacionales son amistosas con las prácticas hegemónicas en Cuba, Nicaragua y Venezuela, e impulsan la amplificación de un discurso polarizador.

En cuanto a la OEA, curiosamente la primera ola actuó con eficacia como un bloque de voto mayoritario durante la secretaría general del socialista chileno José Isulza (2005-2015), aprovechando los beneficios de la venia del organismo. Con ese mismo impulso apoyaron el desembarco en 2016 (a la actualidad) del frenteamplista uruguayo Luis Almagro en la secretaría general. No obstante, con motivo de la condena activa de Almagro a la represión política en Venezuela y Nicaragua, el secretario, en un giro de su posición inicial (ex canciller de José Mujica 2010-2015), y acorde con el cambio de signo en la región, terminó alineado con los gobiernos de centro, centro-derecha y derecha que votaron su reelección en el cargo. En ese sentido, la crítica de la retaguardia de izquierda gravitó más hacia el accionar del secretario y no de la organización en su conjunto, lo que llevó a suspensiones de algunos países y controversias. En cuanto a las izquierdas autoritarias, es de resaltar el discurso anti-OEA, mientras que en el lado de las izquierdas democráticas se registran más discordancias específicas con Almagro que con la institucionalidad del sistema interamericano (Rojas, 17/01/2022).

Conclusiones

Puede que los partidos que dan soporte a los gobiernos de la nueva ola progresista latinoamericana compartan plataformas donde convivan izquierdas autoritarias con

corrientes radicales, hegemónicas y al mismo tiempo otras con tradición de práctica democrática. Puede que apelen a la no intervención para eximirse de criticar la violencia política en países gobernados por sectores afines. Y puede que tengan amigos en común e incluso añoren las mismas luchas pasadas. Pero esta segunda ola se diferencia sustantivamente de la anterior. Esta vez, los gobiernos de centroizquierda e izquierda se proyectan más moderados y han dado claras señales de apostar más por el pragmatismo que por la afinidad puramente ideológica. Hay indicios de que optarán por el diálogo con las grandes potencias, cualquiera que esta sea, en vez de defender un único bloque en el ajedrez geopolítico. Predomina la gestión de gobierno dentro de los parámetros constitucionales y democráticos establecidos por encima de las aspiraciones refundacionales y/o autoritarias.

Es verdad que el panorama socioeconómico en la región es otro y esto condiciona el accionar de los gobiernos. Las izquierdas ya no se estrenan en el poder, no es tiempo de “vacas gordas”, y en muchos casos no cuentan con las abrumadoras mayorías populares o con los líderes carismáticos que tuvieron en su momento. La pandemia por Coronavirus es un elemento contextual central. Esta crisis puso al límite las economías de la región y también la tolerancia social. No en balde los números de popularidad de la democracia como sistema, y de los partidos políticos como institución democrática principal, siguen cada vez más bajos (Latinobarómetro, 2021; Schiumerini, 2022).

Algunas preguntas que deja este análisis:
¿Podrán las izquierdas democráticas formular una condena a las izquierdas autoritarias?
¿Será el pragmatismo la nueva forma de actuación política que prevalecerá en los gobiernos de la región? ¿Podrá colaborar esta

nueva ola progresista a disminuir la polarización, fortalecer la institucionalidad democrática y no caer en la deriva populista? El panorama es diverso y en algunos países no luce promisorio. Sin embargo, nuevos liderazgos se han sumado, y en 2022 las elecciones presidenciales en Brasil y Colombia pueden colocar (o no) más actores en el mapa.

Esta ola arrastra los escombros que dejó la primera ola: dos autoritarismos hegemónicos que, junto a Cuba, hacen el trío de las dictaduras realmente existentes en la región. El principal desafío es mantener una buena relación con la democracia como sistema para no estar a la sombra de las aspiraciones reeleccionistas, refundacionales o de elevada violencia política como los evidenciados en el ciclo predecesor. Existen indicios para afirmar que la nueva ola tendrá un mejor vínculo con la institucionalidad democrática y caminará del lado de la protección de la pluralidad y la alternabilidad en el sistema político. Esperemos que así sea.

Referencias

- Alcántara, M. (16/01/2022). Partidos políticos: ¿instituciones o máquinas? *Latinoamérica 21*.
<https://latinoamerica21.com/es/partidos-politicos-instituciones-o-maquinas/>
- Antunes de Oliveira, F. (2021). Lost and Found: Bourgeois Dependency Theory and the Forgotten Roots of Neodevelopmentalism. *Latin American Perspectives*.
<https://doi.org/10.1177/0094582X211037341>
- Apruebo Dignidad. (2021a). *Programa de Gobierno Apruebo Dignidad*. Recuperado de <https://static.emol.cl/emol50/documentos/archivos/2021/11/01/20211101115916.pdf>
- Apruebo Dignidad. (2021b). *Acuerdo de Implementación Programática*. Recuperado de <https://boricpresidente.cl/propuestas/implementacion/>
- Barbosa dos Santos, F. L., y Feldmann, D. (2021). Doctor or Monster? The Pink Tide and Its Aftermath. *Latin American Perspectives*.
<https://doi.org/10.1177/0094582X211061329>
- BBC. (27/01/2022). *Xiomara Castro: los símbolos que marcaron su histórica toma de posesión como primera presidenta de Honduras*.
<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-60149357>
- Braga, M. do S. S., y Fukushima, K. A. (2020). La calidad de la responsividad de gobiernos de izquierda en países de América Latina: la percepción de la ciudadanía. *América Latina Hoy*, 86.
<https://doi.org/10.14201/alh.21462>
- Bringel, B., Falero Caderno CrH, A., y Falero, A. (2016). Movimentos sociais, governos progressistas e Estado na América Latina: transições, conflitos e mediações. *Caderno CRH*, 29(03).
- Cardenal, J. (2021). El arte de hacer amigos. Cómo el Partido Comunista chino seduce a los partidos políticos en América Latina. *Serie DP Enfoque*, 3, Diálogo Político. Montevideo: Fundación Konrad Adenauer.
<https://dialogopolitico.org/documentos/dp-enfoque/dp-enfoque-nro-3-el-arte-de-hacer-amigos/>
- Casa Rosada. (10/12/2019). *Palabras del presidente Alberto Fernández en su acto de asunción ante la Asamblea Legislativa*.
<https://www.casarosada.gob.ar/informacion/discursos/46596-palabras-del-presidente-alberto-fernandez-en-su-acto-de-asuncion-ante-la-asamblea-legislativa>
- Chaguaceda, A. y Kozak, G. (Ed). (2019). *La izquierda como autoritarismo en el siglo XXI*. Buenos Aires: Fundación Cadal, Universidad de Guanajuato, Centro de Estudios Constitucionales

- Iberoamericanos AC, Universidad Central de Venezuela.
- Centeno, R. (2021). López Obrador o la izquierda que no es. *Foro Internacional*, 243(1), pp. 163-207. DOI: 10.24201/fi.v61i1.2716
- Cepal. (2021). *Panorama social de América Latina 2021*. Santiago de Chile: Naciones Unidas. <https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/47718/1/S2100655-es.pdf>
- El Comercio. (19/07/2021). *Pedro Castillo: "El Perú del Bicentenario merece una Constitución aprobada en democracia, sin amenazas golpistas"*. <https://elcomercio.pe/politica/elecciones/pedro-castillo-el-peru-del-bicentenario-merece-una-constitucion-aprobada-en-democracia-sin-amenazas-golpistas-elecciones-peru-2021-asamblea-constituyente-nndc-noticia/>
- Ellner, S. (2019). Pink-Tide Governments: Pragmatic and Populist Responses to Challenges from the Right. En *Latin American Perspectives* (Vol. 46, Issue 1, pp. 4–22). SAGE Publications Ltd. <https://doi.org/10.1177/0094582X18805949>
- Expansión Política. (16/08/2021). *AMLO: en septiembre del 2024, me jubilo y no vuelvo a participar en nada*. <https://politica.expansion.mx/mexico/2021/08/16/amlo-se-retirara-de-la-politica-2024>
- Fair, H. (2021). Estado y movimientos sociales: Identidades, cruces y estrategias en tensión en América Latina. *Revista Rupturas*, pp. 111–130. <https://doi.org/10.22458/rr.v11i2.3645>
- Gallo, A., Grinstein, C., Pesquero Bordón, J., y Díaz Esterio, R. (2020). Partidos subordinados en coaliciones frágiles ante la instancia de revalidación electoral. Estudio de la UCR argentina y la DC chilena en el proceso electoral 2017. *Estudios Políticos*, 51. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484903e.2020.51.77178>
- García, J. (27/01/2022). *Una debilitada Xiomara Castro toma posesión como presidenta en Honduras*. El País. <https://elpais.com/internacional/2022-01-27/una-debilitada-xiomara-castro-toma-posesion-como-presidenta-en-honduras.html>
- Gaudichaud, F., Webber, J., y Modonesi, M. (2019). Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica. UNAM.
- González Marrero, C., y Chaguaceda, A. (2022). El poder de Rusia en Latinoamérica. Autocracia global, influencia regional. *Serie DP Enfoque*, 7, Diálogo Político. Montevideo: Fundación Konrad Adenauer-Gobierno y Análisis Político AC. <https://dialogopolitico.org/documentos/dp-enfoque/dpenfoque-rusia-en-latinoamerica/>
- Gosman, E. (30/07/2020). Lula da Silva: "Para ser amigos de Estados Unidos, no precisamos ser enemigos de Argentina". *Infobae*. <https://www.infobae.com/america/america-latina/2020/07/31/lula-para-ser-amigos-de-estados-unidos-no-precisamos-ser-enemigos-de-argentina/>
- Infobae. (22/01/2022). *Gabriel Boric: "Venezuela es una experiencia que ha fracasado y la principal demostración son los 6 millones de venezolanos en diáspora"*. <https://www.infobae.com/america/venezuela/2022/01/22/gabriel-boric-venezuela-es-una-experiencia-que-ha-fracasado-y-la-principal-demostracion-son-los-6-millones-de-venezolanos-en-diaspora/>
- La Onda Digital. (08/11/2019). *Bolivia: Discurso completo de asunción del presidente Luis Arce*. <https://www.laondadigital.uy/archivos/48126>
- Latinobarómetro. (2021). *Informe 2021. Adiós a Macondo*.

- <https://www.latinobarometro.org/latContents.jsp>
- Lissardy, G. (02/12/2021). *Xiomara Castro: cómo Honduras se convirtió en un "aliado incómodo" de EE.UU. (y qué puede cambiar con una presidencia de izquierda)*. BBC.
<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-59500272>
- López, A. (13/12/2018). *Discurso de asunción del presidente Andrés Manuel López Obrador*.
<https://embamex.sre.gob.mx/sudafrica/index.php/discursos-integro-de-andres-manuel-lopez-obrador-al-rendir-protectora-como-presidente>
- Maldonado, C. (21/07/2021). Argentina y México llaman a consultas a sus embajadores en Nicaragua por la escalada represiva de Daniel Ortega. *El País*.
<https://elpais.com/internacional/2021-06-21/argentina-y-mexico-llaman-a-consultas-a-sus-embajadores-en-nicaragua-por-la-escalada-represiva-de-daniel-ortega.html>
- Mainwaring, S., y Pérez-Liñán, A. (2015). La democracia a la deriva en América Latina. *Revista POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, 20(2).
- Mirza Perpignani, C. A. (2021). Democratización y bienestar. Comparando dos casos: Frente Nacional contra la Pobreza (Argentina) y CONALCAM (Bolivia). *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 66(243).
<https://doi.org/10.22201/fcpsy.2448492xe.2021.243.72572>
- Panam Post. (28/01/2022). *Constituyente chilena ya le abona el terreno a Boric para la reelección*.
<https://panampost.com/panam-staff/2022/01/28/constituyente-chilena-boric-reeleccion/>
- Panizza, F. (2006). “La Marea Rosa”. *Observatorio Político Sul-Americano: Análisis de Conjuntura*, 8, pp. 1-16.
- Petkoff, T. (2005). Las dos izquierdas. *Nueva Sociedad*, 197, pp. 114-128.
- Puente, A. (22/02/2022). ¿Punto sin retorno para el gobierno del Perú? *Diálogo Político*.
<https://dialogopolitico.org/agenda/punto-sin-retorno-para-gobierno-peru/>
- Rodríguez, D. (2021). Las paradojas del progresismo ecuatoriano. Ecuador, pp. 235-256. *Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales*. CLACSO.
<https://doi.org/10.2307/j.ctv1gm02bg.11>
- Rojas, R. (17/01/2022). Preguntas al nuevo ciclo progresista. *El País*.
https://elpais.com/opinion/2022-01-17/preguntas-al-nuevo-ciclo-progresista.html?event_log=fa
- Rubio, B., y Peña, J. (2021). Del populismo al progresismo: reflexiones sobre su capacidad transformadora. *Cadernos CRH*, 34, e021002.
<https://doi.org/10.9771/ccrh.v34i0.42356>
- Sader, E. (2008). Refundar el Estado: posneoliberalismo en América Latina. Buenos Aires: CLACSO.
- Schiumerini, L. (2022). El apoyo ciudadano a la democracia en América Latina. *DP Enfoque*, 8. Fundación Konrad Adenauer.
<https://dialogopolitico.org/documentos/dp-enfoque/dp-enfoque-nro-8-el-apoyo-ciudadano-a-la-democracia-en-america-latina/>
- Silva, L. (09/02/2022). Giorgio Jackson: “Nuestro proyecto es para más de cuatro años”. *La Diaria*.
<https://ladiaria.com.uy/mundo/articulo/2022/2/giorgio-jackson-nuestro-proyecto-es-para-mas-de-cuatro-anos/>
- Vallejos, L. (31/12/2021). Boric tras conversación con Biden: “Compartimos la alegría de nuestros respectivos triunfos sobre Kast y Trump”. *EMOL*.
<https://www.emol.com/noticias/Nacional/2021/12/31/1042648/boric-biden-llamado-cam.html>
- Vilas, C. (2005). La izquierda latinoamericana y el surgimiento de

Ángel Arellano

regímenes nacional-populares. *Nueva Sociedad*, 197, pp. 84-99.

Walker, I. (30/01/2022). ¿Reforma o refundación? El dilema de Boric y el Apruebo Dignidad. *El*

Mostrador.

<https://www.elmostrador.cl/noticias/>

[opinion/2022/01/30/reforma-o-refundacion-el-dilema-de-boric-y-el-apruebo-dignidad/](https://www.elmostrador.cl/opinion/2022/01/30/reforma-o-refundacion-el-dilema-de-boric-y-el-apruebo-dignidad/)